



Segundo Serrano Poncela: *relatos de América*

PACO TOVAR

GEXEL-CEFID Universitat de Lleida

*El sueño, la realidad, la imagen de la realidad y el
deseo de inventar imaginaciones son uno y lo mismo.*
(S.S.P.).

Afirmaba Segundo Serrano Poncela en 1966 que toda escritura descubre las vivencias del autor, «su historicidad y su psicología construida con logros y frustraciones de diversa índole»¹; comprende también, junto al propio, el mundo ajeno, pulsando simpatías recelos y creencias. El año siguiente añadirá que, a su manera, cualquier obra literaria posee valor histórico y social, mostrándolos a cuento de «una documentación subsidiaria».² En 1955, había nombrado ya el «topos» y la «utopía», estableciendo las diferencias entre una realidad española en clave localista y otra con firmes valores:

La fortuna para los componentes de la «utopía» ha sido que su destierro literario tiene más de formal que de sustancial, debido al ámbito donde se acogió en su mayor parte [América Latina]. Sin pretender menoscabar el conjunto literario peninsular, donde sobre todo en la poesía se dan claros acentos propios, no hay duda de que, dentro de una historia literaria como la que preconizamos, el acento colectivo contemporáneo más firme y representativo es ahora propiedad de tierras Américo-hispanas.³

Bajo esas tres consideraciones podemos asegurar que la obra elaborada por Segundo Serrano Poncela tiende a reconocerlo en su desarraigo y en la soledad física e intelectual de los personajes afines, confirmando igualmente un credo estético plenamente asumido en sus términos: dimensión autobiográfica, querencias realistas, propósito de comunicación; ironía, prosa y poesía en continuo debate; novedad y tradición literaria. El autor permanece fiel a sí mismo y lejos de cualquier forma expresiva temporal, sobre todo cuando responde al gusto de filiaciones y

¹ Segundo Serrano Poncela. «Kafka o el agonista», en *Literatura y subliteratura*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1966, p. 70.

Serrano Poncela reconoce la dimensión autónoma de toda creación literaria, entendiendo que ha de valorarse por ella misma «sin necesidad de una exégesis proveniente del exterior». Esas obra poseen «su lógica; mantienen una coherencia propia y la intrusión de la realidad exterior puede llegar a destruir su valor estético». Sin embargo, la misma creación literaria tiende puentes con una realidad exterior, vinculándose al «espacio y al tiempo [...]»; situada en un ámbito histórico y social y, desde ese momento de advenir al mundo, pierde su carácter de expresión original para convertirse en parte de una institución: la literatura» (Segundo Serrano Poncela, *Introducción a la crítica literaria*, Ministerio de Educación y Dirección Técnica, Caracas, 1967, p. 85).

² Segundo Serrano Poncela, *Introducción a la crítica literaria*, op. cit. p. 134.

Para Serrano Poncela, una obra de ficción elaborada con recursos de historiador, puede acuñar situaciones y esbozar protagonistas que no tienen por qué identificarse con una realidad empírica, desvelando también así en la que vive inmerso el autor.

³ Segundo Serrano Poncela, *Prosa moderna en lengua española*, La Torre, Puerto Rico, 1955, pp. XV-XVI. La situación geográfica de los republicanos españoles impulsados a vivir en su exilio americano es identificada por Serrano Poncela como el «topos»; la «utopía» responde a un concepto de naturaleza universal y valor entrañable.

escuelas. En última instancia, desde su primer libro de ficción (*Seis relatos y uno más*, 1954), Serrano Poncela muestra su independencia, pero también sintoniza con una herencia cultural de amplio espectro.⁴

Como bien dice Ricardo Mora, Serrano Poncela escribe sin olvidar todos «aquellos nombres que han sentado los valores del ser humano o han contribuido a una visión más amplia de sus conflictos desde una prosa crítica, multiplicando su dimensión literaria».⁵ Serrano insinuaba o aclaraba esas referencias en sus ficciones literarias, pero, lejos de mimetismos, anotó que siempre trataba de aproximarse al hombre, valorando la subjetividad del novelista en cada una de sus criaturas imaginadas. Busca un saber profundo «con una mezcla de piedad y de humor, aún sabiendo que todo esfuerzo por comprender lo que pasa acá entre nosotros es inútil».⁶

Entre Unamuno y Borges

Segundo Serrano Poncela destaca en Unamuno su «monodialoguismo», su espíritu «agudo

y sensible», su legítima «vocación filosófica», una cultura «bien digerida» y un estilo personal, siempre dinámico, en contra de tiranías ideológicas y artificios miméticos. La poesía de Unamuno, lejos de «cargas retóricas o preceptivas», vuelve a significar «creación» identificando al poeta con el anciano demiurgo que forja su tarea como un acto de rasgos inefables y «conocimiento existencial».

En el extremo opuesto se halla para él la novela. Aquí, el instrumento expresivo se nos presenta como instrumento de exploración previo a cualquier actitud metafísica; diríamos como formulador de problemática y es de rigor añadir que la técnica novelística unamuniana precede en el tiempo al método utilizado hoy por escritores y filósofos existencialistas muy satisfechos de haber encontrado en la novela un instrumento excelente para filosofar.⁷

De algún modo, para Unamuno, las novelas, operan como relatos dramáticos verdaderamente significativos en donde sus personajes, a seme-

⁴ Serrano Poncela descubre al hilo de su escritura huellas del mundo clásico (grecolatino, hebreo...) y de cierto realismo decimonónico; de rasgos kafkianos, tendencias existencialistas y sólidas querencias hispanas. Las referencias implícitas o explícitas en la obra de Serrano Poncela, sin olvidar los acentos de Proust, Joyce, Lowry y Conrad, evidencian una sólida formación del autor, su conciencia crítica y, por qué no, cierto exhibicionismo, que algunos han querido interpretarlo superficial.

⁵ Ricardo Mora de Frutos, Alusión y citas literarias en la obra narrativa de Segundo Serrano Poncela, Tesis Doctoral del Departamento de Filología Hispánica y Clásica de la Universidad de la Rioja, dirigida por la Dra. Terna González de Garay Fernández. Año académico, 2003-2004, p., 203.

⁶ Ibidem, pág. 134. Mora emplea los mismos términos que utiliza Serrano Poncela en las notas de su inédito *Cahiers à Ania*, confirmando la subjetividad del novelista, su tarea renovadora y la concepción del individuo moderno:

Toda novela es autobiográfica. No hay creación ex nihilo. El novelista no hace otra cosa que expresarse a sí mismo como Salomé se expresaba por medio de su danza de siete velos. El último permanece siempre puesto, velado» (*Cahiers à Ania*, 1 de enero de 1956, cit. en Ricardo Mora de Frutos, op. cit. p. 128)

Serrano Poncela reconoce así que la obra literaria no es «un objeto sino un sujeto simbólico trascendido del autor. En tal sentido es indudable que expone una serie de vivencias, experiencias y reflexiones pertenecientes, con anterioridad, a su autor» (Segundo Serrano Poncela, Introducción a la crítica literaria, op. cit. p., 85).

⁷ Segundo Serrano Poncela, El pensamiento de Unamuno, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, México DF., 1953, p. 65.



janza de los muertos, «viven y sobreviven al ser pensados».⁸

De algún modo, Serrano Poncela reconocerá en Jorge Luis Borges un contrapunto sensible, inteligente y estético de Unamuno:

La prosa de Borges tiene la virtud de significar, dentro del plano estrictamente literario, una alianza del *poietes* y del humanista, de la que estamos muy necesitados [...]. Características singulares son: la presencia en todos sus relatos de un sentido trascendente de la existencia; una concepción metafísica, ontológica, de la vida, con todas las exenciones y ventajas que al novelista le confiere el poder entrar más allá de ese ámbito cotidiano donde se mueven muchos de sus colegas, un poco como el jugador goyesco de la gallina ciega, tanteando con el palo en la oscuridad. Y esta concepción profunda y trascendente del vivir, puesta en uso por medio de una prosa rica y culta, provista de sutilezas bizantinas en ocasiones y llanamente coloquial en otras, se convierte en una prosa novelesca e imaginaria, cuidadosamente personal.⁹

Sólo reprochará en Borges la construcción de sus personajes, tipos humanos que supeditan

desde los relatos el plano físico a una excesiva dimensión metafísica.¹⁰ En cualquier caso, la filosofía no es tarea dominante para un escritor de ficciones, aunque comprenda en sus obras de imaginación una dimensión estética «psicológicamente condicionada», una «experiencia humana personal» y la necesaria «situación histórica» que trascienden lo puramente literario al ofrecerse como «experiencia del mundo ante el lector».¹¹

Del trópico.

Esta doble simpatía viene a confirmar, sin agotarlas, ciertas huellas literarias de amplio espectro y tradición hispana en la obra creativa forjada por Segundo Serrano Poncela durante su exilio americano, iniciado en 1939 con la memoria de un español anclado primero en la Santo Domingo, que unos años después viviría en Puerto Rico, amarró un tiempo en Nueva York y fue un ciudadano más en Caracas, donde lo enterraron.¹² Sus experiencias isleñas, con aires y lecturas del trópico le sirvieron para forjar seis relatos caribeños. Cinco publicados bajo el título de *La raya oscura*, semejante a otro de Joseph Conrad (*The*

⁸ Con Unamuno, añadirá Serrano Poncela, descubrimos «un espíritu secretamente agudo y sensible provisto además de una vocación filosófica legítima; respaldada en una cultura densa, bien digerida y propietario de un personal estilo expresivo» (Segundo Serrano Poncela, *El pensamiento de Unamuno*, op. cit. p. 53).

Para Serrano Poncela, Unamuno actúa contra la «tiranía de las ideas» o «ideocracia», que conduce a la «ideofobia», o persecución de la vida por las ideas. Su mérito debe atribuirse a que «monodialoga» en «autodiálogos», una relación dolorosa que logrará compartir con sus lectores. El error se produce cuando se trata de «clasificar el pensamiento aislado del hombre» no interpretando al hombre en su plural entrañado, en su «dinámica y sucesiva existencia pared maestra de todo pensamiento» (*El pensamiento de Unamuno*, op. cit. pp. 53-54).

⁹ Segundo Serrano Poncela, *Prosa moderna en lengua española*, op. cit. p. 558.

¹⁰ *Ibidem*, p. 558.

¹¹ Segundo Serrano Poncela, *Introducción a la crítica literaria*, op. cit. p. 87.

¹² Junto a su herencia cervantina y quevedesca, Serrano Poncela desvela en sus obras el rastro de Gracián; huellas de Ortega, d'Ors y Maeztu; deudas con Machado y Unamuno; simpatía por Galdós, «Clarín», Baroja y Pérez de Ayala;

Shadow Line); sólo uno entre los cuentos de *Un olor a crisantemo*.¹³ El mismo autor, mediante una breve introducción, que no llegó a encabezar ese libro, aclaraba: «Se trata de dibujar una raya tras la cual el autor se ha detenido a observar cierta zona de experiencias producidas y procuradas durante cierto periodo de su vida dentro de una geografía humana y en un estado afectivo peculiar».¹⁴

El trópico elaborado a cuentas de *La raya oscura* «subvierte, remodela, deforma y en muchos casos superpone al espacio físico que trata de suplantarlo», una España que no abandonó Segundo Serrano Poncela:

Ese Caribe es finalmente asumido, sin que ello signifique aceptar una renuncia a la patria, a la memoria, a la identidad: tan sólo es incorporado como una experiencia más, como un ámbito más, en el imaginario de un narrador, si no abierto, si consciente de lo que el entorno le ofrece.¹⁵

Por sus temas y argumentos, cada una de las piezas que localiza su autor en *La raya oscura* responde al «mundo antillano» que, junto a sus herencia peninsular, incluye también «furibun-

dos ataques contra el oportunismo y la banalidad de las relaciones humanas» en clave isleña y con acentos europeos. De algún modo, esos relatos descubren la fina ironía del narrador que observa detalles, busca testigos, rastrea indicios, escucha versiones y atiende a chismes para ir contando historias de valor testimonial que, dando pie a estereotipos y amaneramientos, han de obrar con una «insobornable actitud crítica, muy a tono con el afán moralizante ponceliano».¹⁶

De acuerdo al criterio que ha defendido Rebeca Martín, la técnica literaria utilizada por Serrano Poncela en *La raya oscura* encierra una información valiosa que atañe a la poética y las constantes narrativas del autor en su afán por adentrarse en los recovecos de la psicología humana y de plasmar la tortuosa relación del individuo con un entorno hostil. Los protagonistas, ante la despiadada colectividad, se convierten en seres de leyenda, personajes tristemente míticos que pasan a engrosar el imaginario popular no tanto por su excepcionalidad como por la morbosidad de las gentes que les rodean.

En definitiva, los narradores, embebidos en

armónicos de Francisco Ayala y Max Aub. De los americanos tendrá en cuenta el arielismo de Rodó, a Lugones, Quiroga, Borges, Mujica Láinez, Arreola, Carpentier...

¹³ Escritos en 1955, «La raya oscura», «El zopilote», La 'Bonne Ercilie', «El cónsul» y «El faro», de *La raya oscura*, se publicaron juntos cuatro años después. «La copa quebrada», incluido en *Un olor a crisantemo*, de 1959 remite nuevamente al trópico.

¹⁴ Prólogo inédito del mismo de Segundo Serrano Poncela escrito para *La raya oscura*, cif. en Alusión y citas literarias en la obra narrativa de Segundo Serrano Poncela, de Ricardo Mora de Frutos. Op. cit. p. 220. En su prólogo inédito, a semejanza de los autores clásicos y como una propuesta intelectual, Serrano Poncela explica motivos y claves para interpretar los relatos de *La raya oscura*. En su momento, la editorial no habría de incluirlo al publicar ese libro; tampoco se incluiría en las ediciones posteriores.

¹⁵ Ricardo Mora de Frutos, op. cit. p., 219.

Serrano Poncela reflejará en sus historias de aires caribeños la soledad del personaje desarraigado, y ello se traduce en la creación de figuras especulares, de falsos receptores, de desdoblamiento de personalidad o simplemente de manifestación del temor ante la soledad, no sólo física sino también intelectual (Mora de Frutos, op.cit. p. 136).

¹⁶ Gerardo Piña Rosales, La obra narrativa de Segundo Serrano Poncela. Crónica del desarraigo, The Edwin Mellen Press, Lewinston, N.Y., 1999, p., 44



una soledad resignada, se rinden a una curiosidad desbordante que les permite llenar su vacío existencial. Su actitud nunca es del todo desapasionada, pues los personajes que les sirven de materia literaria pasan a formar parte de su propia dimensión humana y así, a través de un sutil proceso de identificación, logran modificar irreversiblemente su memoria y su biografía.¹⁷

El factor sensual que circula en *La raya oscura* importa por añadir un detalle significativo: representa lo que nunca llegaron a cumplir los personajes o bien pudieron hacerlo «de una manera incompleta y amargamente fugaz, como todos los actos humanos» reales y convincentes, vistos desde fuera y «con ojos espectadores, sin apasionamiento, con sólo el compromiso de la eterna condición humana, pero sin la maravillosa vitalidad de lo que se vive como problema acuciante a flor de piel».¹⁸ Con sus testimonios de *La raya oscura*, Serrano Poncela ofrece una realidad, y es capaz de narrarla. «Pero, por desgracia, no es suficiente: para conseguir una totalidad hay que reunir unas circunstancias que Serrano Poncela, en este caso, como escritor español, no puede alcanzar, al no querer renunciar a su eterno arraigamiento».¹⁹

Detalles

El viajero desembarcó al mediodía en aquella isla del trópico. Vio a unos cuantos negros fumando, gallinas picoteando semillas e insectos, a un policía luciendo su revólver. Al fondo, las montañas con algarrobos, caobas, guayacanas y palmas. El conjunto representaba, por «falso y sugerente», una escenografía teatral. El sol presidía todo aquello.

De noche contempló desde su hotel a un limpiabotas, chóferes y a un viejo mulato pensativo; un parque, grandes laureles y mangos. Domina todo ello una estatua de bronce, «sin duda un prócer de la Patria». Emanan de los árboles «un vaho de tinta». Un sin número de mariposas remolonean por entre lo «tupido de la fronda». En lo alto, «palidísimas y lejanas estrellas». Junto a un estanque, grupos de «inquietas adolescentes»:

... aquellos cuerpos movedizos, oscuros e incitantes, le turbaban, había tratado de verlos más de cerca sin otro resultado que excitarse aún más. Las estrechas cinturas súbitamente ampliadas en la cadera; los altos senos desproporcionados para aquellos cuerpos núbiles. Los ojos de córnea grande y amarilla.²⁰

Al día siguiente, por la ciudad, entre paredes blancas y soleadas, le sorprenderían sus casas de

¹⁷ Rebeca Martín, «La curiosidad del autor. A propósito de *La raya oscura*, de Segundo Serrano Poncela», en *Escritores y revistas del exilio republicano de 1939*, Renacimiento. Biblioteca del Exilio, Sevilla, 2006, p. 805.

¹⁸ José R. Marra López, *Narrativa española fuera de España (1939-1961)*, Ediciones Guadarrama, Madrid, 1963, pp. 424 y 434.

¹⁹ *Ibidem*, p. 436.

Sin embargo, Pedro Gimferrer comenta sobre *La raya oscura*: «es uno de los libros planeados y ejecutados con más rigor, inteligencia y sensibilidad en nuestra narrativa del exilio», atribuyéndole al conjunto de los relatos incluidos en sus páginas un «ajustado trazado psicológico», una «sutil creación de atmósferas», «extraordinaria lucidez crítica» y, sobre todo, una «irreprochable seguridad, precisión y belleza de estilo» (*Insula*, 226, 1965, p. 7).

²⁰ Segundo Serrano Poncela, «*La raya oscura*», *La raya oscura*, Editorial Sudamericana, Colección Escritores Latinoamericanos, Buenos Aires, 1959, p. 19. Los breves fragmentos entrecomillados remiten a esta misma pieza.

arquitectura colonial, «con los zaguanes sombríos de siempre», sus calles principales, ruidosas por el tráfico y la sensualidad exhibida, esta vez, por las mujeres criollas, de «oscura tez», finas de tobillos, pausado andar moviendo sus caderas, vestidos transparentes, labios gruesos y «ojos grandes como almendras». Hembras reclamo de machos «bien formados, de tez olivácea, pequeño bigote y ojos profundos bajo los gruesos párpados, con una ligera máscara de polvo de talco sobre el cutis».²¹

La memoria del viajero guardaba una imagen literaria del trópico, reflejada en las postales o el cine: cocoteros y playas con nativos en taparrabos, aguafuertes románticos. La realidad era otra: edificios viejos y de una sola planta, músicas dulzanas y pegajosas emitidas por las emisoras de radio, peatones con andar lento, vendedores callejeros de frutas, loteros y más limpiabotas.

Y luego el sudor, la viscosa humedad escurriendo por entre el vello del pecho, por las sienes, empapando la camisa [...]. Como, además, le había irritado los ojos un principio de conjuntivitis, todo aquello le enervó y acabó desagradándole.²²

Los aires provincianos de la isla y el tradicionalismo de sus cancerberos, depositarios legítimos del mundo «civilizado», imponen al extraño el comportamiento de una sociedad hipócrita y con rancios prejuicios de orden social. Los aromas del trópico y una mujer proporciona un sentimiento de «cinestesia vital» entre la realidad

exterior y la del sujeto, liberándolo de imposturas. El campo, tras una cita de los amantes, huele a «yerbas quemadas [...], fuego diluido en la atmósfera»; el «horizonte rojizo, lleno de cirros,» estalla en una fiesta de fuegos artificiales en pleno día [...]. Los verdes se convertían en negros, los malvas en morados, el oro en cuajarones sanguinolentos. Las montañas, a lo lejos, arecían de plomo y una brillante estrella parpadeaba sobre sus cabezas.²³

En las entrañas de un vehículo desvencijado, junto a negras con «cestas y atadillos de pollos, obreros, muchachos y gente de campos cercanos», regresará el joven a una ciudad ruidosa y alegre, despreocupada y llena de vociferantes altavoces de radio, cafetines y casas cuyas puertas, abiertas de par en par, mostraban la intimidad hogareña: alguien abanicándose en una hamaca, mujeres extendiendo el mantel sobre a mesa, parejas de novios que aprovechaban cualquier rincón lo mejor posible y muchachos jugando a la pelota, corriendo y revolcándose con una contumacia de demonios.²⁴

Frente al hotel, las bombillas de la plaza estaban encendidas. Por la noche salía del mosquitero y, desde su balcón, descubría una ciudad silenciosa, en ocasiones alumbrada por una enorme luna y otras veces hundida en «una negrura que sólo las débiles luces de la plaza atravesaban».

Los tejados bajos dejaban ver toda la inmensidad del cielo curvo reverberante de lejanas estrellas. Una humedad marina oreaba su pecho sudo-

²¹ «La raya oscura», p. 23.

²² Ibidem, p. 24.

²³ Ibidem, p. 73

²⁴ Ibidem, pp. 73-44.



roso y desnudo. Abajo, en el vestíbulo del hotel, se oían los ronquidos del sereno, y un guardia de vigilancia, con paso monótono, hacía resonar sus botas de reglamento sobre la acera [...]. «ya falta poco para amanecer», pensaba. Y con la amanecida del nuevo día, la nueva tarde y la carretera y todo lo demás. Era feliz. Hasta se había reconciliado con la mata de los plátanos.²⁵

Su experiencia tropical no minimiza recuerdos a cuenta de una España lejana. En principio se lamenta de su aventura: «—¿Qué hago yo entre esta gente?». Valora después la imagen tosca y seductora de la mujer hispana, frente a «cierta malicia y exótico encanto y..., en fin, una agilidad de culebra»,²⁶ propia de las hembras del Caribe; añora el orgullo simplista del madrileño, remitiendo a «su particular idea de que España se divide en dos grandes zonas: Madrid y provincias»²⁷; guarda memoria de una sociedad española donde todo encuentro de amor se vive como «una pelea de gatos en cualquier rincón». Allí, la cita de los amantes sido triste y peor llevada. Se encontrarían encerrados en sordida habitación de los suburbios, con las persianas rigurosamente cerradas, oliendo a cocido o a ropa húmeda, y ella, revuelta entre sábanas, le hablaría de arrepentimiento o del pecado casi con lágrimas en los ojos, reprochándole imaginadas infidelidades, su indiferencia o su crueldad; quizás, inclusive, aludiendo al confesor o al padre, hermanos y demás familia cuya deshonra producía con su entrega.²⁸

Por el contrario, el viajero que no rechaza una experiencia de amor semejante bajo el clima del trópico, descubre a una mujer alegre y despreocupada; «tendida e inmóvil, con un gesto de laxitud en la comisura de la boca, respirando cadenciosamente, los ojos brillantes, recorriendo con la punta de un dedo la costura de las sábanas».²⁹

Esa historia cuenta desde «La raya oscura». Finaliza regresando el viajero a España. Lo extrañaron de una comunidad forjada con aires tropicales, naturaleza isleña e imposturas de la vieja colonia. Todo se aclara en la burla final:

—Mucho gusto, señor.

—¿Hasta pronto? —le pregunté.

Y él, con un inconfundible acento madrileño que en ese instante percibí por vez primera, como si se lo hubiera sacado del bolsillo para usarlo durante la travesía, me respondió:

—¡*Ad calendas grecas!*

Y volviéndose hacia la puerta de la Aduana, luminosa de sol, polvorienta y vacía, juntó los labios e hizo la trompetilla.³⁰

Era español. Hacía tiempo que vivía en aquella isla del trópico. Un pariente rico fue quien lo trajo, dejándole una herencia que apenas cubría sus necesidades. Quiso hacer fortuna entre Panamá y Belize. Trabajó en algunos ingenios

²⁵ Ibidem, pp. 74-75.

²⁶ Ibidem, p. 62.

²⁷ Ibidem, p. 62.

²⁸ Ibidem, p. 70.

²⁹ Ibidem, p. 70.

³⁰ Ibidem, p. 127.

azucareros castrando reses, como buhonero en aldeas y por la costa, explotando un aserradero. Parecido a otras colonias inglesas, desde Trinidad a las Barbadas, no era Belize sino un barrio donde residen los blancos, con algo de grama alrededor, y el resto, mugre. Parece que la ciudad está atravesada por un canal de aguas fétidas, por el que navegan las barcas y flotan excrementos. Tiene puentes giratorios como el Támesis —tres en total—, inservibles siempre. Por sus calles circulan taxis desvencijados, peatones negros y algún inglés con pantalones cortos. La playa está llena de moluscos muertos, desperdicios y clavos ferruginosos. Cuenta con un club donde la *high-life* se emborracha silenciosamente todos los días, y lo más importante que allí se puede hacer, según testimonio [...], es convertirse en maderero y entrar en los bosques de interior.³¹

Hizo alguna fortuna. Regresó para edificar su casa encima de una loma. Dueño de un salinar, contrajo una dolencia incurable. Lo cuidaba una mujer discreta y horrible, a quién llamaban *zopilote*, pájaro carroñero de América y nombre simbólico aplicado también a Belize y al difunto, cuadrándole finalmente a un predador humano que solía rondar por entre los despojos y se alimenta con ellos mientras descansa junto a «una reparadora botella de ron».

Otro viajero narra «una historia fuera de tono entre gentes como nosotros, blancos y educados». ³² Es un relato que trata de algo insignificante. Sucedió a un *mûlatre haitienne* cuando un agosto y bajo una temperatura de muchos grados, navegaba por el Caribe a bordo de *Bele-rofonte*. ³³ Por la cubierta, entre bultos y papagayos venezolanos, deambulaban mulatos llevando vestidos blancos y con grandes sombreros de panamá; negros elegantes con trajes bien cortados al estilo europeo; sirios, árabes y comerciantes isleños. También *des belles créoles avec ses éventails, ses p'tites cris de perriquet et ses regards agaçants*. Era un espectáculo de aire provinciano y esencia colonial. Alfombras rojas deshilachadas cubrían los pasillos interiores, hileras de puertas cerraban el paso a misteriosos y oscuros camarotes. Un olor intenso a cocina francesa impregnaba todo el buque a cualquier hora del día.

Dibujado el marco de actuación se va hilando un relato que habla de Arístides Richepin, natural de Port au Prince, más viejo de lo que aparenta, negro *mouche bleue* y dedicado a los negocios del café. También cuenta de Madelaine, blanca, seductora y aventurera. Uno y otra implicados en unos hechos que, bajo palabra de un testigo fiable, operan desde un

³¹ Segundo Serrano Poncela, «El zopilote», La raya oscura, op. cit. pp. 145-146.

³² Segundo Serrano Poncela, «La Bonne Erclie», La raya oscura, op. cit. p. 165. Los breves fragmentos entrecuillados remiten a esta misma pieza.

³³ Nave con historia. En 1927, asegura el narrador, participó en la revolución haitiana; superó el huracán desencadenado entre las islas de Sotavento y Barlovento; anduvo en contrabando de armas; fue apresada en la rada de Port au Prince, la desmantelaría el general Pierre Cocó; instalaron a bordo un presidio que albergó revolucionarios y colonialistas durante las etapas del proceso emancipador isleño.



plano mítico, un ritual *boudou* y una promesa con su ídolo en «La Bonne Ercilie».³⁴ No avala ese juego de sincretismo religioso una doctrina oficial con resquicios interesados. En última instancia, «ninguna criatura humana está exenta de pecar, tampoco lo está de salvarse si en el fondo de su corazón guarda sentimientos cristianos».³⁵

Mientras bebe ginebra, el Cónsul afirma ser hijo de un estanciero y una mujer criolla. Sin duda era un mestizo de latitudes indias. Estuvo destinado cinco años en Roma. Durante guerra civil haitiana en la que Pierre Cocó venció al coronel Honoré Latortue tuvo que asumir una responsabilidad propia del oficio diplomático: la búsqueda por la isla de un aventurero alemán.

No es difícil encontrar en nuestros países ciertas escorias de las marejadas europeas; tipos que en su día vinieron a probar fortuna dentro de la

bodega de un barco sólo con la ropa puesta y una dosis de energía disponible para todo, lo que a veces les convierte en millonarios y otras hunde los en cualquier rincón oscuro, entre la asamblea de gentes miserables y mestizas que se alimentan con betel o maíz, cuya única satisfacción consiste en el taparrabos o la botella de ron.³⁶

El cónsul fue víctima del miedo al cumplir la misión, y así lo declara en su relato al contar los hechos guardando memoria de los pequeños detalles. Olvidó recordar los verdaderamente significativos. «—De todos modos, su aventura honraría al más exigente miembro del cuerpo consular de cualquier país».³⁷

El faro es «un residuo colonial español con su forma de molino manchego».³⁸ Tiene dueño. Un día llegan dos extraños a su casa: un escritor de «La Madre Patria» y una hermosa mujer cuya belleza está lejos del «patrón perfecto de

³⁴ Las creencias de Aristides mantienen raíces caribeñas de natural sincretismo religioso. La Virgen María es La Bonne Ercilie y a ella debe fidelidad, por interés o verdadero credo. Richepin que, siendo aún joven, había sufrido la pobreza enfrentándose a momentos difíciles, confiará en las predicciones, quizás engaños y supercherías, de Papá Manfred, un viejo bocó que vive en la cabaña de la costa, frente a la isla de Ganaive. Allí prepara sus amuletos, descifra el porvenir en las entrañas de las gallinas y obtiene comunicación con el gran dios Agouén y por su intermedio con otras divinidades menores.

[La choza del anciano era] un reducto casi circular, cerrado por una empalizada de bambú y en el centro del piso de tierra manaba un pequeño pozo. Había también un altar de madera adornado con un búcaro lleno de amapolas y dos toscas tallas de madera de guayacán; una de Santiago el Mayor llamado papá Legbá, el dios de la fecundidad, y otra la de San Expedito, el dios Agoué del líquido elemento. («La Bonne Ercilie», pp. 210-211)

Durante su ritual, el viejo chamán entregó al mûlatre haitienne una estatuilla de madera tallada representando a la Bonne Ercilie, uniendo a uno y otra matrimonio. Testigo de la celebración fue Agoué. Trae grandes males romper la promesa de fidelidad expresada con la unión.

³⁵ «La Bonne Ercilie», p. 218.

³⁶ Segundo Serrano Poncela, «El cónsul», La raya oscura, op. cit. pp. 238-239.

³⁷ «El cónsul», p. 259.

³⁸ Segundo Serrano Poncela, «El faro», La raya oscura, op. cit. p. 267. Los breves fragmentos entrecomillados remiten a esta misma pieza.

nuestras bellezas tropicales». No es fácil reconocerla como «alguien nacido en esta tierra verde y provinciana cuyo horizonte marino infinito desanima todo afán humano de escape, convirtiendo a cada uno de nosotros en otras islas llenas de prejuicios e ignorancia».³⁹ Convivirán todos en aquel faro que azota numerosas tormentas, fenómenos en simpatía con el hombre y sus distintos estados de ánimo. Saben las tormentas «cuándo deben servir de fondo a las más crueles instintos», preparándose «con la fidelidad de un director de escena identificado con los propósitos del autor».⁴⁰

Esa teoría sobre las tormentas y los estados de ánimo de las personas justifica de algún modo reflexionar sobre la vida y la condición humana; su realidad y las formas de cifrar nuestras historias.⁴¹ «¿Quién está seguro de sí mismo». En última instancia, siempre «hay un rincón donde bajarse los pantalones».

Era una ciudad «pequeña y desperdigada». Por carretera sólo tenía un acceso al interior de la

isla. El puerto recibía un barco de correo al mes. Unos cuantos árboles daban sombra en su plaza central, con edificios bajos y uno de mayor altura que dominaba el conjunto. Hace tiempo fue capital de una próspera colonia cubierta por estratos de memoria y olvido; su catedral plateresca; sus retratos de gobernadores; sus abiertas calles; sus trapiches inmóviles; verdes caimanes en el fangal de la ría; criollas oscuras portando ánforas de melaza; plantaciones de tabaco; guerras civiles; aquellos caballeros bebiendo limón helado con aguardiente, herederos de otros que fueron, en su día, señores orgullosos y activos en propagar desde lo oscuro de sus entrañas la desidia final y el gusto por tan sabio abandono.⁴²

Ahora, ese mismo espacio duerme. Alargado, baja por la montaña, una cordillera negruzca y tupida, inaccesible en apariencia. En sus afueras, entre campos de caña y manglares, corría un río lento, oscuro y ampuloso en su estuario, con playas de arena. La mayor parte de las casas eran de madera y alguna de piedra y ladrillo; antiguas; de arquitectura española, con balcones saledizos

³⁹ «El faro», p. 280.

⁴⁰ Ibidem, p. 311. El narrador amplía su opinión a cuenta de las tormentas en las zonas tropicales:

...desmandan arroyos, impiden el tránsito de las carreteras, irritan y enfurecen el mar, hacen llorar a las mujeres y a los niños. Así durante horas, para desaparecer después en el horizonte con lento mugido cada vez más lejano, dejando en su lugar una breve calma que, de nuevo, cesa para dar paso a la segunda invasión de agua («El faro», p. 307)

⁴¹ Para el narrador-testigo, el vivir humano es un espectáculo misterioso. No llegamos a interpretarlo al contemplar hechos, barajar ideas y armar teorías.

En contadas ocasiones alguien tiene la pretensión de haber atrapado un fragmento, pero sobreviene entonces una segunda dificultad: convertirlo en palabras; esas monedas toscas, desgastadas y sucias con que compraremos y venderemos afectos y anhelos y mentiras. ¡Qué esfuerzo más penoso! («El faro», p. 303).

El novelista crea y describe sujetos, pero de una pieza. Son criaturas imaginarias. En la realidad no existen porque lo real es «más contradictorio e incomprensible».

⁴² Segundo Serrano Poncela, «la copa quebrada», Un olor a crisantemo, Editorial Seix Barral S.A. Biblioteca de Bolsillo, Barcelona, 1972, p. 121. Los breves fragmentos entrecomillados remite a esta misma pieza.



sujetos por columnas. En los comercios, semejantes a bazares musulmanes, la mercancía se mezclaba en confusa variedad. De cuando en vez pasaban por las calles jinetes de tez oscura; viejos automóviles repletos de mulatos; borriquillos cargados de vegetales; camiones polvorientos.⁴³

De Francia recibe títulos universitarios y modas. No hay «familias distinguidas». Es criolla pura toda su gente, salvo una bella mujer con legítimos y rancios antecedentes, heredera de «la curia española que se enriqueció traficando con cueros y cacao».⁴⁴ Entre sus pretendientes, por despecho e intereses, fue agotando sucesivos matrimonios, de todos enviudó quedando en libertad. Se llama Tristana, posee historia y acumula leyendas. Un viejo admirador la espera todavía con la esperanza de alcanzar su objetivo, ¿dando sentido al relato?

—¿Qué quiere decir?

—Todo esto que me ha contado; lo que sucedió y lo que pudo suceder. ¡Si nuestros saberes descansaran sobre algo seguro! Pero ni siquiera la casualidad es tal y cuando se confía en ella hay que poner en juego la inteligencia para aumentar las probabilidades del azar. Y al revés.⁴⁵

Coletilla

Los relatos americanos de Segundo Serrano Poncela vienen a confirmar el valor de su escritura

como testimonio de un español que, aislado en zonas tropicales, maneja utopías. Junto a otros autores, y asumiendo una herencia literaria de amplio espectro, cuentan en sus relatos Unamuno y Borges.⁴⁶ Quizás debe al primero su agudeza crítica, un espíritu sensible y el «monodialoguismo» de un quehacer narrativo instrumental, destinado a formular una teoría existencialista de particular envergadura. Sintonizará con el humanismo y la fuerza creadora del argentino. No traiciona Serrano Poncela el rigor, la inteligencia y la sensibilidad personales al elaborar una obra sutil en la elaboración de atmósferas, con trazos psicológicos bien ajustados, extraordinaria en lucidez crítica y de irreprochable valor estético. Al conjunto le añadirá sus oportunas gotas de ironía. En última instancia, él mismo afirma que, al escribir las piezas incluidas en *La raya oscura* —¿por qué no añadir «La copa quebrada»?— se propuso dibujar una línea desde la que poder «observar cierta zona de experiencias producidas y procuradas durante cierto periodo de su vida dentro de una geografía humana y en un estado afectivo peculiar».⁴⁷ ■

Fecha de recepción: 24 de junio de 2015

Fecha de aprobación: 19 de octubre de 2015



⁴³ «La copa quebrada» p. 152.

⁴⁴ Ibidem, p. 111.

⁴⁵ Ibidem, p. 175.

⁴⁶ Sin agotarlas, no es difícil reconocer otras huellas literarias en «La raya oscura», «El zopilote», «La 'Bonne Ercilie'», «El consuelo», «El faro» y «La copa quebrada», en su mayoría citadas en las notas 4 y 12.

⁴⁷ Vid nota 14.